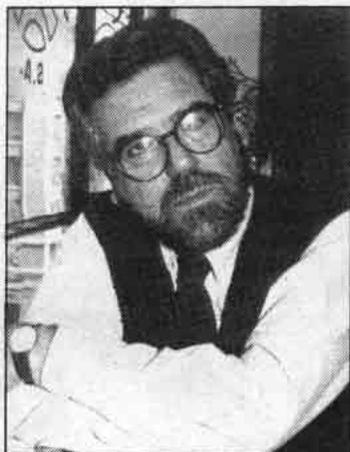


Cerda y Osses: dos exilios



Carlos Cerda



Darío Osses

El oficio de escribir conlleva una gran ventaja sobre otras actividades: todo lo que le suceda al escritor, los dolores, sufrimientos y desgracias que experimente son susceptibles de convertirse en material literario.

Recuerdo una vez que fui a visitar a un escritor amigo con ocasión del reciente fallecimiento de su madre. En medio de la conversación de esa visita de pésame, de pronto el atribulado hijo dio paso al novelista que era. Me dijo: "Mi madre me conocía muy bien. Imagínate que días antes que muriera, yo estaba sentado junto a su lecho mientras ella se debatía entre la vida y la muerte. De pronto, entreabrió sus ojos y me miró. Me dijo: "Tú me estás mirando morir"; ¡Y era verdad! Yo estaba observando cómo mi madre moría, y en medio de mi dolor, anotaba mentalmente sus gestos, su dificultoso respirar y pensaba que así describiría la muerte de la protagonista de la novela que estaba escribiendo".

Durante el período de la dictadura, muchos escritores fueron víctimas de persecuciones y humillaciones. Otros fueron testigos del sufrimiento ocasionado a personas queridas. Esto dio lugar a una literatura de denuncia que, no pocas veces, carecía de valor literario. Pero en ese tiempo uno se preguntaba ¿cómo será la literatura que se está gestando en este período, que aparecerá sólo después que el tiempo haya decantado el dolor y el grito de protesta de hoy y logre transmutarse en imágenes literarias, en reflexión profunda, en narraciones sólidas y desapasionadas?

Las novelas de la nueva generación de escritores que han aparecido este último tiempo, nos han dado la respuesta a esta interrogante. Todas, directa o indirectamente, se alimentan de la experiencia vivida en esos largos años. El exilio

ha sido uno de los temas tratados frecuentemente por esta nueva generación de novelistas. Carlos Cerda en *Morir en Berlín* construye su ficción a partir del exilio que le tocó vivir en Alemania. Darío Osses, en *Machos tristes* nos habla de otro exilio, tanto o más doloroso que el de los ex-patriados, el exilio interno que vivió en Chile como funcionario de la Universidad de Chile.

En ambas novelas no hay peroratas políticas, pero sí el dolor del extrañamiento. En la de Cerda, el dolor de haber perdido no sólo el país donde están sus raíces, sino la utopía donde estaban puestos sus ideales. En la de Osses, el observar cómo su vida se convierte en un caos, dentro de una caótica universidad donde un rector se lanza en paracaídas en un acto universitario y un vicerrector hace alarde de prepotencia y mediocridad ante sus subalternos, condenados al servilismo por el temor. Pero en una y otra no hay protestas ni denuncias, sólo el dolor disfrazado en Osses por el desenfado, atenuado en Cerda por el amor que siente por esos seres a la deriva que son sus personajes. Su retrato de la soledad del ex-senador comunista muriéndose en Berlín, pero aferrando toda su dignidad a su consecuencia partidaria, es uno de los pasajes más logrados de su excelente novela. La obstinación del protagonista de Osses en mantenerse marginado de los polos políticos en un ambiente cada vez más polarizado, le otorga un carácter trágico a su deambular por oficinas, prostíbulos y barrios populares.

Ni Cerda ni Osses lo pasaron nada de bien durante lo que hoy se llama eufemísticamente "régimen autoritario", pero como buenos escritores que ambos son, recogieron la experiencia vivida y nos han entregado dos excelentes novelas.

Lo dicho. Al escritor de verdad todo le sirve. Para muestra estos dos excepcionales botones.